RANDOM HOUSE MONDADORI

CAZADORES DE DUNE

Brian Herbert y Kevin J.Anderson

El día que él murió, Rakis, el planeta conocido como Dune, murió con él.

Dune. ¡Perdido para siempre!

En la cámara de archivos de la no-nave fugitiva, el Ítaca, el ghola de Miles Teg repasaba los últimos momentos del planeta desértico. Un vapor con olor a melange le llegaba de una bebida estimulante que tenía a su izquierda, pero el joven de trece años no hacía caso, porque había entrado en la profunda concentración del mentat. Aquellos registros e imágenes holográficas le producían una gran fascinación.

Allí es donde su cuerpo original había sido asesinado. Donde un mundo entero había sido asesinado. Rakis… el legendario planeta desértico ya no era más que una bola calcinada.

Las imágenes de archivo, proyectadas sobre una mesa, mostraban las naves de guerra de las Honoradas Matres confluyendo por encima de aquel globo tostado y moteado. Las inmensas no-naves

indetectables —como la no-nave robada donde Teg y sus amigos refugiados vivían ahora— tenían una potencia de fuego muy superior a nada que las Bene Gesserit hubieran utilizado jamás. A su lado el armamento atómico tradicional no era más que un juego de niños.

Estas nuevas armas deben de haberse desarrollado en la Dispersión. Teg buscaba una proyección mentat. ¿El ingenio del humano nacía de la desesperación? ¿O se trataba de algo totalmente distinto?

En la imagen flotante, las naves fuertemente armadas abrían fuego, desatando oleadas de incineración con artefactos que en lo sucesivo las Bene Gesserit llamarían «destructores». El bombardeo continuó hasta que el planeta quedó totalmente desprovisto de vida. Las dunas arenosas se habían convertido en cristal negro; incluso la atmósfera de Rakis se encendió. Gusanos gigantes y ciudades, personas y plancton de arena, todo aniquilado. Era imposible que nada hubiera sobrevivido allí abajo, ni siquiera él.

Random House Mondadori
Travessera de Gràcia 47-49 08021 Barcelona España
http://www.rhm.es http://www.megustaleer.com

Catorce años después, en un universo profundamente cambiado, aquel adolescente alto y desgarbado ajustó la altura de su silla de estudio. Revisando las circunstancias de mi propia muerte. Una vez más.

Por definición, Teg era un clon, no un ghola creado a partir de las células extraídas de un cadáver, aunque el segundo es el término que más frecuentemente utilizaban todos para describirle. Dentro de aquel cuerpo joven vivía un anciano, un veterano de numerosas campañas para las Bene Gesserit; no recordaba los últimos momentos de su vida, pero aquellos registros no dejaban lugar a dudas.

La absurda aniquilación de Dune demostraba la implacabilidad de las Honoradas Matres. Las rameras, como las llamaba la Hermandad. Y no sin razón.

Manejando intuitivamente los controles, Teg hizo que las imágenes aparecieran una vez más. Le resultaba extraño ver aquello desde fuera y saber que cuando aquellas imágenes se grabaron él estaba allá abajo, participando en la lucha, muriendo…

Teg oyó un sonido procedente de la puerta y vio que Sheeana le observaba desde el pasillo. Su rostro era delgado y anguloso; su piel,

tostada por su herencia rakiana. Los cabellos, rebeldes y de color ocre oscuro, estaban salpicados de mechones cobrizos fruto de su infancia bajo el sol del desierto. Los ojos eran totalmente azules, tras una vida de consumo de melange, y por la Agonía de Especia, que la había convertido en Reverenda Madre. Según le habían dicho, era la mujer más joven que había logrado sobrevivir.

Los labios generosos de Sheeana esbozaban una sonrisa algo esquiva.

—¿Estudiando viejas batallas de nuevo, Miles? No es bueno que un comandante militar sea tan previsible.

—Tengo muchas por revisar —contestó Teg con su voz ronca de adolescente—. El Bashar logró grandes cosas en trescientos años es-tándar, antes de mi muerte.

Cuando Sheeana reconoció el archivo que estaba proyectando, su expresión se volvió preocupada. Desde que habían huido a aquel universo desconocido y extraño, Teg miraba aquellas imágenes de Rakis hasta el punto de rayar lo obsesivo.

—¿Alguna noticia de Duncan? —preguntó él, tratando de desviar su atención—. Estaba probando un nuevo algoritmo de navegación que pueda sacarnos de…

—Sabemos perfectamente dónde estamos. —Sheeana alzó el mentón en un gesto inconsciente que, desde que se había convertido en la líder de los refugiados, utilizaba cada vez más—. Estamos perdidos.

Teg captó enseguida la crítica a Duncan Idaho. Cuando huyeron, su intención era evitar

que nadie —las Honoradas Matres, el orden corrupto de las Bene Gesserit, o el misterioso Enemigo— encontrara la nave.

—Al menos estamos a salvo.

Sheeana no parecía convencida.

—Me inquieta que haya tantos factores desconocidos, dónde estamos, quién nos persigue… —Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, y entonces dijo—: Te dejaré con tus estudios. Estamos a punto de reunirnos una vez más para debatir nuestra situación.

Teg pareció animarse.

—¿Ha habido algún cambio?

—No, Miles. E imagino que escucharé los mismos argumentos una y otra vez. —Se encogió de hombros—. Las otras hermanas insisten. —Abandonó la cámara, envuelta en el discreto susurro de su túnica, y lo dejó con la vibración de fondo de aquella nave inmensa e invisible.

De vuelta a Rakis. A mi muerte… y a los acontecimientos que llevaron a ella. Teg rebobinó las grabaciones, reunió viejos informes y puntos de vista, y los pasó una vez más, remontándose más atrás en el tiempo.

Ahora que sus recuerdos habían despertado, sabía exactamente lo que había hecho hasta el momento mismo de morir. No necesitaba aquellos archivos para saber cómo el viejo bashar Teg había acabado en una situación tan delicada en Rakis, cómo élmismo la había provocado. Él y los hombres que le eran fieles —veteranos de sus muchas y famosas campañas militares— habían robado una no-nave en Gammu, planeta que en otro tiempo la historia conoció como Giedi Prime, cuna de la perversa pero extinguida casa Harkonnen.

Años antes, Teg había sido convocado para proteger al joven ghola de Duncan Idaho, después de que los once gholas anteriores fueran asesinados. El viejo Bashar logró mantener al duodécimo ghola con vida hasta la edad adulta y finalmente le devolvió sus recuerdos, que le ayudaron a escapar de Gammu. Murbella, una de las Honoradas Matres, trató de esclavizar sexualmente a Duncan, pero fue él quien la esclavizó a ella gracias a ciertas capacidades ocultas con que sus creadores tleilaxu le habían dotado. Sí, por lo visto Duncan era un arma viviente diseñada específicamente para desestabilizar a las Honoradas Matres. No es de extrañar que aquellas rameras furiosas estuvieran tan desesperadas por encontrarle y matarle.

Después de asesinar a cientos de Honoradas Matres y sus sirvientes, el viejo Bashar se escondió entre hombres que habían jurado dar su vida para protegerle. Ningún gran general había suscitado un sentimiento de lealtad tan grande desde Paul Muad'Dib, o incluso desde el fanatismo de la Yihad Butleriana. Mientras comían y bebían, con una profunda nostalgia, el Bashar les explicó la necesidad de que robaran una no-nave para

él. Aunque parecía una empresa imposible, los veteranos no la cuestionaron en ningún momento.

Cómodamente instalado en la cámara de archivos, el joven Miles revisó los registros de vigilancia de las fuerzas de seguridad del puerto espacial de Gammu, imágenes tomadas desde los elevados edificios del Banco de la Cofradía de la ciudad. Aunque habían pasado muchos años, cada paso de aquel ataque le parecía perfectamente lógico. Era la única forma de lograrlo, y lo logramos…

Tras volar hasta Rakis, Teg y sus hombres encontraron a la reverenda madre Odrade y a Sheeana, que salieron al encuentro de la nave en el vasto desierto a lomos de un viejo gusano gigante. Quedaba poco tiempo. Las vengativas Honoradas Matres ya estaban en camino, y estaban furiosas porque el Bashar las había puesto en ridículo en Gammu. En Rakis, él y los hombres que le quedaban abandonaron la no-nave en vehículos blindados, y provistos de armas. Había llegado la hora para un último pero vital enfrentamiento.

Antes de que el Bashar partiera con sus soldados leales a enfrentarse a las rameras, Odrade arañó la piel correosa de su cuello con muy poca discreción para recoger algunas muestras de células. Teg y la Reverenda Madre sabían que aquella era la última oportunidad que la Hermandad tenía de preservar una de las mentes militares más prodigiosas desde la Dispersión. Sabían que estaba a punto de morir. Aquella sería la última batalla de Miles Teg.

Mientras el Bashar y sus hombres entraban en combate con las Honoradas Matres en tierra, otros grupos de rameras estaban tomando con rapidez otros centros de población de Rakis. Masacrarona las hermanas Bene Gesserit que habían quedado atrás, en Keen. Mataron a los maestros tleilaxu y a los sacerdotes del Dios Dividido.

La batalla estaba perdida, pero Teg y los suyos se arrojaron contra las defensas enemigas con una furia sin precedente.Y, puesto que la soberbia de las Honoradas Matres no les permitía aceptar una hu-millación como aquella, se vengaron atacando todo el planeta y des-truyeron todo y a todos los que había allí. Incluido él.

Entretanto, los viejos guerreros del Bashar habían ideado una maniobra de distracción para que la no-nave pudiera escapar, llevando a bordo a Odrade, el ghola de Duncan y a Sheeana, que consiguió hacer que el viejo gusano de arena entrara en el compartimiento de carga. Poco después de que la nave se hubiera puesto a salvo, Rakis fue destruido… y el gusano se convirtió en el último de los de su especie.

Aquella fue la primera vida de Teg. Sus recuerdos reales se acababan ahí.

Mientras contemplaba las imágenes del bombardeo final, Miles Teg se preguntó en qué momento habría sido destruido su cuerpo. ¿Importaba eso realmente? Ahora que volvía a estar vivo, tenía una segunda oportunidad.

Utilizando las células que Odrade había tomado de su cuello, la Hermandad creó una copia del Bashar y activó sus recuerdos genéticos. Las Bene Gesserit sabían que

necesitarían de su genio táctico en la guerra contra las Honoradas Matres. Y, ciertamente, el Tegniño había guiado a la Hermandad a la victoria en Gammu y Conexión. Había hecho todo lo que le pidieron.

Más adelante, él y Duncan, junto con Sheeana y sus disidentes, volvieron a robar la no-nave y huyeron de Casa Capitular: no soportaban lo que Murbella estaba permitiendo que pasara con las Bene Gesserit. Ellos más que nadie entendían que el misterioso Enemigo seguía persiguiéndolos, por muy perdida que estuviera la no-nave…

Cansado de hechos y de recuerdos impuestos, Teg detuvo la proyección, estiró sus brazos delgados y abandonó el sector de archivos. Pasaría varias horas realizando vigorosos ejercicios físicos, luego trabajaría su capacidad con las armas.

Aunque vivía en el cuerpo de un niño de trece años, tenía que estar preparado para cualquier cosa y no bajar nunca la guardia.

Publicado originalmente por Tom Doherty Associates, LLC, Nueva York, Estados Unidos
© 2006, Herbert Properties LLC.Todos los derechos reservados
© 2008, Random House Mondadori, S. A.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2008, Encarna Quijada Vargas, por la traducción

Random House Mondadori
Travessera de Gràcia 47-49 08021 Barcelona España
http://www.rhm.es http://www.megustaleer.com